



fica de su natural, puesto que diversas veces, cuando de los unos á los otros sucedian enojos ó discordias, se hacian mucho daño, peleando con piedras furiosamente, las cuales ellos tiraban á hondazos, y las arrojaban tan ciertas adonde querian, que no daban en cosa que no despedazasen, por dura que fuese. Hacianlo con tales destrezas y con tanta costumbre, que desde pequeños, en teniendo mediana fuerza, no traian otros ejercicios; y sus madres al tiempo que los criaban, levantaban en un madero la vianda que tenían para comer, y hasta que con la honda la derrocasen, no se la daban. Donde vino que los mismos cosmógrafos griegos arriba dichos, solian por otro nombre llamarlos baleares á ellos y á sus islas, porque Ballin, en aquella lengua, quiere decir arrojar, ó segun otros escriben, por causa del capitán Ballo que murió dentro de ellas, cuando Hércules vino á España, como en el primer libro queda dicho. Muchos autores y muy buenos afirman que los tales cartagineses africanos fueron los primeros pobladores de estas islas Mallorca y Menorca, cuando vinieron aquella vez en ellas; otros porfian que fueron los fenices de Sidon y de Tiro ántes que morasen en Cádiz, al tiempo que dijimos haber señoreado la mar. Y muévense para lo certificar, que hallan en los libros antiguos ser estos fenices los primeros que tejieron hondas para tirar piedras con ellas, y sospechan que si los mallorquines españoles tuvieron en ello tal habilidad cual habemos dicho, sería por haberlo tomado de los fenices. Mas á la verdad, mucho primero que los unos y los otros acá viniesen, habia poblacion en ambas islas.

Y ciertamente si los fenices de Sidon y de Tiro ó tambien los fenices africanos de Cartago tuvieron algun tiempo de tirar con las hondas, lo tomaron destos mallorquines, despues que con ellos contrataban, y discreparon en todas sus condiciones restantes, no conformándose jamas en cosa donde pareciesen una casta, ni cuanto al estilo de vivir de Fenicia, ni cuanto á las costumbres que los mallorquines usaban. Pero desta primera poblacion suya, lo mejor y lo más cierto, ya lo declaramos en el treceno capítulo del primer libro. Las costumbres antiguas de toda su gente presto se dirán adelante por el noveno capítulo del tercero, y en algunas otras partes de nuestra relacion, y muy más en particular, cuando trataremos los tiempos y las guerras que cierto capitán romano llamado Metelo Baleárico, pasó con ellos; y lo que deste lugar faltare, quedará para se decir en la postrera parte de toda la crónica, cuando, con el ayuda de nuestro Se-

ñor Dios, llegáremos á decir las hazañas famosas del serenísimo rey don Jaime de Aragon, donde se contará más de propósito la faccion destas islas, y toda su postura, con las villas y ciudades que tienen hoy dia; declarando juntamente las distancias de las unas poblaciones á las otras, sin dejar cosa por escribir de cuantas les pertenezcan.

CAPITULO XX.

Como despues de recorridas las islas de Mallorca y de Menorca por dentro de la tierra, quisieran los cartagineses saltar en lo firme de España contra la parte de Monvedre. Cuéntase tambien los impedimentos que por el presente tuvieron en ello.

Luégo que los navios y capitanes cartagineses hubieron rodeado las islas de Mallorca y Menorca por defuera, desearon saber cumplidamente los pasos y la calida de la tierra por más adentro, pues en lo de las riberas estaban satisfechos; para lo cual hallaron algunos mancebos ligeros y desenvueltos, que movidos por intereses y precios que les prometieron, se determinaron á penetrar, y pasarlas ambas del un cabo al otro con guías, que para tal fin procuraron, amansando tambien algunos naturales que por la ribera les vinieron á las manos. En el cual viaje dicen que se halló por lo largo de la mayor isla cuarenta y cinco ó cincuenta millas antiguas, que hacen casi doce leguas nuestras españolas, en el ancho siete leguas destas, ó veintiocho millas de las sobredichas. En la menor hallaron solas millas á lo largo, con algo ménos de otras tantas á lo ancho, que parece casi la medida misma que tambien ahora vemos en ellas. Pero los cartagineses que por estos dias anduvieron allí, quedaron tan escarmentados de sus atrevimientos, y se vieron tantas veces en afrontas y peligros, y trajeron tan ásperas nuevas de la ferocidad que hallaban en aquella gente, que muchos años despues nadie quiso tornar á probarlo ni meterse por la tierra, ni procurar de saber otra cosa della más de lo que por la ribera descubrian, en la cual hicieron algunas palizadas y torrejones á manera de atalayas sobre los puertos y estancias que mejor les parecieron, principalmente contra la vuelta de Septentrion, que cae frontero de las riberas españolas, en el derecho de la costa que viene desde Tarragona hasta Valencia, donde por esta sazón entre los pueblos que moraban allí, fué lo más principal la ciudad de Sagunto, que dicen agora Monvedre, poco desviada de



la mar, y muy bastecida de mantenimientos y riquezas, y sobre todo muy llena de vecinos españoles, puestos en humanidad y razon, que se regian por leyes y costumbres loables, conformes á las de los griegos que fueron sus primeros pobladores cuando se mezclaron con los naturales desta provincia, como ya lo dijimos en el primer libro.

Con éstos quisieran mucho los cartagineses trabar alguna comunicacion para reconocer la manera de los españoles que por allí moraban, y si pudiesen trabajar en hacer con ellos algun asiento; porque ya todas las naciones tratables tenían informacion de la fertilidad y de las muchas riquezas y mineros que poseian los españoles, y sabian el poco daño que los naturales hacian á quien se quisiese meter en ella, no lo llevando con rigor ó con asperezas ni demasías. Y verdaderamente, si los cartagineses á la sazón procuráran esto por cualquiera otra region española, mucho pudieran hacer aquella vez. Mas como sobre la parte donde lo tentaron viviesen aquellos saguntinos de Monvedre, y los tales fuesen hombres discretos reputados por principales en toda su comarca, no hallaron ellos buena voluntad ni buen acogimiento para cosa de lo que quisieran, puesto que mucho tiempo gastaron en porfiarlo, procurando su comunicacion con dádivas continuas y con promesas y con ofrecimientos y con todas las otras dulzuras posibles, así de parte de sus flotas, como de la misma ciudad de Cartago, que diversas veces les acometió confederaciones y ligas. A lo cual respondian los de Monvedre cortesmente con grandes disimulaciones, no consintiendo ni tampoco dejando la tal amistad, pero rehuendo secretamente cuanto podian que las armadas cartaginesas tocasen por aquella comarca donde moraban ellos, como gentes fundadas en conservar su libertad, y que claro conocian si Cartago por allí se metiese que presto lo ganaria todo, segun que sus parientes los fenices de Sidon y de Tiro hicieron en Cádiz y lo hacian aquellos dias entre los andaluces. Y siendo lo tal así, no quedarían los de Monvedre seguros ni tendrían la reputacion del buen estado que poseian al presente; porque siempre cuanto á este caso, la vecindad de los muy poderosos es perjudicial á los que no lo son tanto. Viendo los cartagineses el mal aparejo que por allí tenían, sobreseyeron algunos años en el negocio, puesto que no sin mucho sentimiento de los que secretamente lo contradecian. En conclusion, fué necesario dejar de todo punto la tal demanda, porque pasados todos estos tiempos, los africanos de las comarcas vesinas á la gran Cartago se re-

belaron contra ella con gran número de gente para la destruir, y convino que sus flotas y sus armadas viniesen á lo remediar, desamparando cualesquier negocios que por otras partes tuviesen, aunque fuesen muy importantes. Junto con esto creció dentro de la misma ciudad cartaginesa gran division en parcialidades y bandos, que les gastaban muchas gentes. Sobre todos estos males acudió tal cruel pestilencia y duró tan largos dias, que ni hallaban quien remediase las cosas de la ciudad, ni las flotas de la mar, ni las islas de España nuevamente ganadas, ni mirase por la conservacion de cuanto dejaban adquirido. Muchas veces, fatigados estos cartagineses de tales adversidades cuantas en aquella su ciudad sobrevinian, la quisieran desamparar ó dejar solitaria, determinados á buscar otras tierras donde nuevamente viviesen, creyendo que la mala consuelacion ó la mala fortuna del suelo fuese causa de todo, y que los dioses á quien ellos adoraban no tenían á bien la morada que por allí se hizo, pues tan abiertamente la perseguian con tantas fatigas y tan juntas. Pero como los demonios reinasen absolutos en aquel tiempo de la gentilidad, y su mayor inclinacion sea tener apercebimiento para hacer contra los hombres el daño que puedan cada cuando que hallasen ocasion, vista la desconfianza que los cartagineses mostraban, pusieron imaginacion á los ministros y sacerdotes de sus ídolos que sacrificasen algunos niños ó mancebos, los más hermosos que hallasen, afirmádoles que con la sangre de los tales aplacarían el enojo de los dioses y cesarian las pestilencias y todas las otras adversidades; lo cual se puso luégo por obra, y quedó muchos siglos entre los cartagineses aquella costumbre cruel de sacar y deramar sangre de los cuerpos humanos y aún matarlos tambien para satisfacer á sus demonios.

La cual usanza pestilencial imitó despues la gente siciliana, pareciéndoles ser la mayor devocion que podian hacer; y muchos años adelante hubo tambien algunos españoles que hicieron acá lo mesmo, tomándolo de los cartagineses, cuando pasaron despues en España, como los capítulos y libros venideros contarán y señalarán muchas veces. Hacemos aquí memoria de ello y del principio que tuvo, pues en el siglo pasado cupo gran parte desta supersticion á nuestros antecesores españoles, y tambien porque los lectores entiendan cuán legítimas ocupaciones tuvo la república de Cartago para desistir en aquel tiempo de sus entradas y conquistas españolas, y del acometimiento que hacian por aquellas islas de su



contorno, si no fuese la de Ibiza, que por ser pequeña, le pusieron defensas y guardas bastantes á conservar y sostener su provechosa disposicion y buena gracia.

CAPÍTULO XXI.

Cómo los andaluces comarcanos al Estrecho de Gibraltar en el mar Océano, tomaron por gobernador de su jurisdiccion un español nombrado Argantonio, y de las cosas que los escritores auténticos dél hablan en los principios de su gobernacion.

En todos aquellos tiempos que las cosas ya dichas pasaban y sucedian, los fenices de Sidon y de Tiro con los otros vecinos de Cádiz sus aliados, estaban en el Andalucía pacíficos, y mucho prósperos, poseedores absolutos de todo lo precioso que por allí se criaba, sin venirles impedimento ni daño que les vedase llevar sus propósitos adelante, puesto que ya comenzaban algunas gentes comarcanas á recelarse dellos, por sentir la falta de muchos hombres que cada dia desaparecian, y se hallaban ménos, á quien estos fenices encubiertamente prendian, y pasaban en otras regiones, para los vender por esclavos entre las mercaderías que por allá traian. Hallaban tambien otros muertos en asechanzas por los despoblados. En tal modo, que vista la murmuracion y rumor de las personas que lo notaban, y que ya por algunos lugares no los recibian con la buena voluntad acostumbrada, los fenices andaban armados, y juntos en cuadrillas, cuando salian algun trecho fuera de su ciudad; y para dar temor á los andaluces, se llegaban diversas veces, y hacian alardes y muestras de resistencia, si por caso fuese menester, mas no para que publicasen á lo claro querer usurpar la tierra ni turbarla, sino vivir en ella si los dejasen; acompañando sus naturales pacíficamente, dado que, como digo, los pensamientos y las obras encubiertas procedian muy al contrario. Las cuales obras como de continuo fuesen adelante, perseverando muchos años en ellas sin resistencia de nadie, creció con la prosperidad la soberbia, y poco faltaba ya para que no se hiciesen públicos los desafueros que solian obrar ocultos; y finalmente se desvergonzáran en ellos á la clara, si por aquel intervalo de tiempo, cuando las cosas así pasaban, los vecinos de Tarifa y sus confines no recibieran entre sí, como por capitán y gobernador, un español su natural, nombrado Argantonio, persona de suficiente conocimiento, provision y bondad en toda cosa, cuanto tales gentes y tal siglo podian tener. Esto fué casi

en el año 622 ántes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Y puesto que las historias antiguas no hagan dél muy extendida relacion, confiesan haber sido varon prudente, y tan obedecido de todos aquellos sus vecinos, nombrados despues los españoles tartesios, que muchos cronistas le llaman rey dellos; los cuales afirman que comenzó de regir habiendo cincuenta años de su edad, ó segun otros dicen sesenta, y que permaneció por allí con esta dignidad ó preeminencia largos ochenta años. De manera que segun buena cuenta, vivió ciento y treinta años, ó ciento y cuarenta, puesto que Anacreon poeta dice que vivió ciento y cincuenta, por lo cual hacen memoria de muchas crónicas antiguas entre las personas de larga vida.

Hallo tambien escrituras que dicen haber tenido señorío dentro de Cádiz, y gobernado parte de las riberas del Andalucía sus fronteras, y más las otras isletas comarcanas que solian estar por allí. Pero creo que no serian todos de Cádiz aquellos que le reconociesen obediencia, pues los fenices arriba dichos, allende de lo que poseian en el Andalucía, tenian ocupado lo mejor de la tal isla, y estaban tan aventajados en sus negocios, que nadie les pudiera perjudicar tan de súbito, ni tan en lleno, ni sacarles de todo punto cosa tan importante como les era Cádiz, mayormente que las historias no relatan hazañas que contra ellos Argantonio tentase, ni cosa que dellos á él aconteciese, ni cuanto á esto sabemos más, de que cotejando los tiempos en que todo lo sobredicho pasaba, vienen á concurrir los años deste Argantonio con las tiranías que los fenices comenzaban en el Andalucía. Y es de notar en este caso, que como quiera que los fenices tuviesen junto con Tarifa casa fuerte para recogimiento de sus contrataciones y depósitos en aquella parte donde fué los años ántes el templo viejo del dios Hércules, segun ya contamos en el noveno capítulo ya pasado, no parece que los fenices bastaron á desbaratar ó vedar desde allí la mudanza de los tales españoles, ó no quisieron tentarlo, por no los alterar más de lo que comenzaban ellos á turbarse; y así quedó todo por disimulacion de los unos á los otros, sin haber algun bullicio, ni trueco, de que las historias hagan memoria.



CAPÍTULO XXII

De las grandes ayudas que los fenices de Cádiz y del Andalucía sacaron en España, para socorrer la ciudad de Tiro en Suria, contra cierto principe de Babilonia llamado Nebucadnecer ó Nabucodonosor, que la tenia cercada; y cómo pasados pocos dias, este principe vino contra los españoles y los Andaluces, lo hicieron salir de toda la tierra y sus comarcas.

Gran ocasion pudo ser el regimiento de aquel buen gobernador Argantonio, para que, como dije, los fenices no se desmesurasen contra los andaluces en tiranizarlos abiertamente, por lo ménos en aquella provincia de los tartesios donde moraba. Y es manifiesta señal desto, que como no sabemos hazañas dél contra ellos, así tampoco hallamos en las historias desafuero ni demasia pública, que dende á muchos años estos fenices hiciesen, sino el robo secreto de la otra tierra, con los hurtos escondidos de la gente que continuo sacaban della, para vender en otras regiones fuera de España. Lo cual bien mirado, no podia ser tan limitado que no cupiese mucha parte destos daños á los tartesios ya dichos, aunque gran diligencia trajesen en la guarda, por ser las provincias muy cercanas y conjuntas, y muy pequeñas tierras las unas y las otras para sufrir tanto mal y tan continuo.

Mas como digo, todavía remediaria mucho la buena provision de este Argantonio, siendo tan astuto quanto lo hacen todos. Pero lo que más principalmente detuvo largos años los negocios en este ser, fué, que durando la disimulacion de los unos á los otros, andando los tiempos y los hechos por su curso, muchos dias ántes que las cosas viniesen á rompimiento, los fenices tuvieron informacion traída por ciertos mareantes extranjeros, que certificaron estar cercada la ciudad de Tiro, allá en Fenicia, por un capitán caldeo, príncipe de Babilonia, llamado Nebucadnecer, á quien muchas historias corruptamente suelen decir Nabucodonosor. Este le daba terribles combates por la mar, con ejércitos y con armadas más gruesas y muy porfiadas que le puso, casi en el año de 588, ó diez años más como lo cuentan otros, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios. Y dado que los fenices de Cádiz y del Andalucía permaneciesen acá muy avecindados, hechos ya como naturales en España, sin tener asientos en Tiro ni Sidon, ni por otra parte de Fenicia, sino solamente sus inteligencias de mercaderías, todavía reconocian por

madre y cimiento de sus linajes aquellas dos ciudades, y principalmente la de Tiro; á la cual enviaban continuo todas sus primicias, y mucha parte de sus provechos. Casi luégo vino tambien á Cádiz mensaje particular de la misma ciudad, haciéndoles saber lo que pasaba, rogándoles como á hijos suyos, de quien mucho se preciaban, que con cuanta diligencia fuese posible les enviasen ayuda. Lo mesmo se dice que hicieron á la gran Cartago de Africa y á Utica, y á otras poblaciones por el mundo que procedieron de Tiro. Así que vista la tal mensajería, los fenices del Andalucía se congregaron con algunos andaluces, y armaron de ellos una buena cantidad con capitanes y bastimentos que fueron allá prestamente. Llegados, entraron en el puerto por medio de las flotas contrarias, peleando con ellos á toda parte mucho como debian, y pusieron á los ciudadanos tal esfuerzo, que Nebucadnecer estaba muy enojado de ver la resistencia que sus ejércitos hallaban en este pueblo, mucho mayor que por otro ninguno de las tierras sus comarcanas, las cuales él habia ya señoreado todas, y ganado muchas otras ciudades no ménos poderosas y magníficas que la de Tiro, señaladamente la ciudad de Jerusalem que cae cerca de ella, donde cobró grandes tesoros y riquezas. Pero las ayudas españolas que los de Cádiz enviaban, despues de estas primeras, venian á Tiro tan contínuas, y tan armadas y tan proveídas de todo lo necesario, que así por ellas como por las de Cartago y de Utica, que siempre tambien acudian, el cerco duró poco ménos de cuatro años, en que pasaron muchas afrentas, y muchas más pasáran sino que en fin de este tiempo supo Nebucadnecer, cómo toda la tierra de Egipto con parte de las gentes africanas se movian contra él. Por manera que levantó su cerco de sobre Tiro, que tanto le embarazaba, y con aquella levantada los españoles cuantos á Tiro defendian, quedaron libres de los trabajos sobredichos, y tornaron á sus tierras bien satisfechos de las buenas obras y regradecimientos que por allí les hicieron. Desde allí comenzó Nebucadnecer la conquista de Egipto mucho cruel y sangrienta, donde se detuvo más tiempo de lo que quisiera, por ser en aquellos dias esta gente egipciana poderosa y guerrera. Mas en fin, despues de haber asolado la tierra y muerto gran copia de gentes, sojuzgó la mayor parte de ellos, y luégo siguió sus victorias por Africa y por las otras provincias de Berbería con increíble prosperidad, tanto que muy pocas dellas faltaron que no le reconociesen obediencia, ó no quedasen puestas en su confederacion.



Después, acordándose de las ayudas españolas que vinieron á Tiro cuando la tenía cercada, sabida la noticia de los que las enviaron y del estado de España y de sus provincias, pasó desde aquellas tierras en ella con todos sus ejércitos y navíos casi en el año quinientos y ochenta y dos, ó según otros cuentan, y no creo que mal, quinientos y noventa y tres ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Fué su desembarcamiento sobre las puntas postreras de los montes Pyreneos, desde los cuales comenzó de mover contra la vuelta del Occidente, llevando sus ejércitos por mar y por tierra, destruyendo y abrasando cuanto hallaba por el campo, y áun los lugares fortificados y cercados que le cayeron en el camino, tuvieron mucho trabajo para se le defender según eran grandes sus acometimientos; bien así como los otros años pasados hubo hecho Taraco el de Etiopía, cuando rompió forzosamente por acá la jornada que dijimos en el treceno y catorceno capítulo deste libro, solamente se diferenciaron en que Nabucadnecer algunas veces se metió más dentro de la tierra que el otro, y pasó tan adelante que llegó del otro lado del Estrecho de Gibraltar, donde comenzó de robar el Andalucía, combatiendo las estancias y puertos y fuerzas que los fenices allí tenían, con tanta furia y pujanza que á los fenices convino apellidar las gentes comarcanas y darles armas y atavíos, con otras cosas á que sintieron ser aficionados, para que movidos con esto y declarados los daños que Nabucadnecer y sus caldeos hacían viniesen á la defension de sus provincias. A lo cual salieron los andaluces alegremente con gran multitud de combatientes, y de creer es que juntamente con ellos saldría también Argantonio para tal necesidad con sus allegados y súbditos, pues en este tiempo sabemos cierto ser hombre principal y poderoso, tal, que tenía mando soberano por mucha parte desta region. Y aunque todos ellos á la verdad padeciesen por aquellos dias gran falta de concierto para la disciplina militar, mostráronse tales con los enemigos, que Nabucadnecer viendo que el debate sería largo y que si por acá se detenía, según era tierra desviada, perdería con su ausencia muchas otras empresas más importantes en las partes orientales, donde tenía su principal estado, salió del Andalucía con infinito robo de tesoros y captivos, y de joyas riquísimas que pudo tomar en aquella caminata, dejando muy amenazados á toda la nación destes fenices para los castigar adelante, así á los que residían acá como á sus progenitores los vecinos de Sidon y de Tiro que le caían

en Fenicia más cercanos á su principado, con quien ya los años ántes había comenzado la guerra.

Dos príncipes ó caudillos de Babilonia halló por las historias llamados ambos Nabucadneceres ó Nabucodonosores, muy estimados y notables varones que convienen aquí ser declarados, porque si acaso leyeren sus hazañas en otras escrituras, entienda nuestra gente cuál dellos fué aquel con quien los españoles pasaron estas afrentas. El primero Nabucadnecer tuvo grandes competencias mucho tiempo con un rey egipciano llamado Necaon ó Neco según otros le nombran, las cuales duraron hasta que Nabucadnecer lo venció en una terrible batalla cerca del río Eufrátés, y pocos años adelante dió vuelta sobre la tierra de los judíos, y cercó á un rey de Jerusalem llamado Jehoyakin Eliachin, al cual puso en tal aprieto que le convino hacerse su vasallo y tributario. Pero como después este Jehoyakin Eliachin tratase confederación con aquel Necaon rey de Egipto, competidor y contrario de Nabucadnecer, creyendo que con su favor podría librarse de la sujeción y del tributo que pagaba, los caldeos tornaron sobre Judea y tomaron á Jerusalem y mataron al rey Jehoyakin Eliachin y á todos los principales judíos de su reino que no dejaron dellos sino un hermano deste rey muerto, nombrado Sedechías, á quien los judíos en su lengua llaman Zidkya, y á un hijo suyo mancebo nombrado Jeconías, que por sobrenombre decían también Jehoyachin Neri, al cual mancebo dió Nabucadnecer toda la tierra del rey Jehoyakin Eliachin su padre, puesto que pasando poco tiempo se la quitó y lo llevó preso á Babilonia por la poca seguridad que dél tuvo, traspasando el señorío en Sedechías ó Zidkya su tío.

No mucho después sobrevinieron á Nabucadnecer dolencias gravísimas que le duraron largos años, y por ellas redundaron alborotos y mudanzas en algunas de las tierras sujetas á su principado. Pero la mudanza más notoria de todas fué la del rey Sedechías en Jerusalem, el cual trató luego confederaciones nuevas con los egipcianos en perjuicio de los caldeos, creyendo que con el impedimento de Nabucadnecer faltaban las fuerzas todas en aquella gente caldea. Mas no fué como lo creían, porque ya en su lugar estaba un su hijo primogénito llamado también Nabucadnecer, segundo deste nombre, que fué de quien principalmente hablamos en este capítulo. Su padre pocos años ántes que lo tal aconteciese, le tenía dado la mejor parte de sus ejércitos; y puesto que fuese mancebo, lo señaló por ca-



CAPÍTULO XXIII.

Cómo los galos célticos de la Lusitania pasaron al Andalucía, y fundaron en ella y en la provincia que dicen Extremadura muchos pueblos y lugares donde moraron largos años ellos y su generacion.

Ya en estos dias eran pasados más de ciento y setenta años después que los galos célticos españoles se habían metido en las tierras de la Lusitania, según podrá quien quiera sentir cotejando los tiempos que dejamos señalados en capítulo pasado, con los otros tiempos que se trataron en el décimo capítulo deste segundo libro, cuando pusimos la venida destes célticos galos en aquella region. Habiendo, pues, tantos años que por allí residían, aconteció que cierta compañía de su gente, no satisfechos con morar en la tierra donde nacieron, y donde sus padres los habían criado, puesto que fuese muy abundosa, fértil y vividera, pasaron al otro cabo de Guadiana contra Mediodía, deseosos (como sus antecesores) de ganar tierras y hacer semejantes novedades, lo cual emprendieron sin contradicción de nadie, y penetraron á lo largo por todo el espacio que va entre aquel río Guadiana y el río Guadalquivir, hasta que se meten ambos en la mar, donde agora se contiene mucha parte de la provincia llamada Extremadura, y mucho también del Andalucía, nombrada por aquellos dias Bética. En aquel intervalo de tierra fundaron estos célticos nuevamente venidos poblaciones grandes, todas con apellidos y nombradías semejantes á las que sus padres tenían en la Lusitania. Fueron entre ellas lo más principal dos lugares, llamados ambos Serias, que caían el uno muy cerca de donde es ahora Ayamonte, que después los romanos cuando conquistaron aquella tierra, como veremos adelante, pusieron por sobrenombre Fano Julio, ó según otros libros escriben Fama Julia, por diferenciarlo con aquel apellido de la Seria, que también estos mismos célticos hubieron pocos dias ántes fundado en la tierra que llamamos Extremadura, la cual hoy permanece y se dice Feria pueblo mucho conocido y honrado de la tal provincia. Hicieron eso mismo por allí los célticos sobredichos otra villa que nombraron Vertobriga. Los romanos después por la diferencia de muchas otras Vertobrigas españolas, y particularmente de las lusitanas, le dieron por sobrenombre Concordia. Otro lugar de los que fundaron estos célticos dijeron Segeda, que fué dicha después Restituta. Otra población llamaron Voltuniaco, á quien dijeron después